

NO DEBÍ HACERLO

Categoría: C

Modalidad: Narrativa

Luana Maia Carrara (1ºBach.Hum)

Llego al centro de la habitación tambaleándome. Estoy contenta. Hace mucho tiempo que no estaba tan feliz. Una radiación de optimismo y felicidad me envuelve por completo. Solo existe esta sensación que se apodera de mí completamente, no existe nada más.

Me siento feliz, segura, sería capaz de hacer cualquier cosa. Hasta podría decirle a mi madre que me quiero ir de casa. O aún peor, me atrevería a dejar los estudios y empezar a escribir seriamente. Nunca he tenido el valor para hacer de ello mi trabajo, ni siquiera he tenido el valor de enseñarle a nadie lo que escribo en mi libreta de hojas blancas. Pero hoy podría hacer cualquier cosa, porque hoy puedo con todo.

La cabeza me empieza a dar vueltas. Las piernas me tiemblan. Tengo ganas de vomitar. Pero no paro de reírme. ¿Qué me está pasando? No soy dueña de mis actos y me caigo al suelo. Una vez en el suelo empiezo a tener frío. Me encojo y abrazo mis rodillas con toda la fuerza que puedo. Me empieza a doler el pecho y recuerdo todo lo malo que me ha pasado en la vida en cuestión de segundos. La pelea con mi madre por escaparme de casa, las cicatrices que tengo en las muñecas, a mi pareja con aquella chica de pelo rubio... Cuando me doy cuenta las lágrimas ya me han estropeado el maquillaje y han manchado mi cara de negro. La oscuridad invade mi habitación poco a poco y mis mejillas están cada vez más frías y húmedas. Pero yo sigo con una sonrisa en la cara, aún con las lágrimas descendiendo por mis mejillas. La oscuridad se va acercando y mis recuerdos empiezan a desvanecerse. Intento moverme de ahí pero mi cuerpo no me obedece y permanece encogido en el centro de aquella oscuridad. Mi vista comienza a fallar y veo borroso.

Justo cuando pensaba que todo se había acabado, una luz insignificante aparece a lo lejos. Y en

cuestión de segundos, siento un calor insoportable y tremendamente agradable al mismo tiempo. Alguien está abrazándome pero no logro ver quién es con claridad. Sus brazos me envuelven por completo. Y durante un momento deja de hacerlo para verme la cara y secarme las lágrimas. Se levanta y por un momento pienso que me va a abandonar. Pero coge su chaqueta y me envuelve con ella para darme más calor. Y antes de volver a abrazarme, unos labios carnosos y cálidos se posan sobre los míos. Era él. Mi mente no procesa los acontecimientos y mi boca no puede pronunciar palabra. Así que con todos mis esfuerzos consigo moverme un poco para abrazarle. De este modo, nuestros cuerpos se entrelazan entre los llantos y la oscuridad.

Es entonces cuando escucho su respiración y los latidos de su corazón compenetrados con los míos. Tenía que pasar todo aquello para entender lo mucho que necesitaba su presencia. Si no hubiera sido egoísta, ahora mismo estaríamos en una fiesta o viendo Netflix acurrucados. Y no aquí tirados en el suelo, llorando.

Él abre la boca y pronuncia las siguientes palabras: *“No quería hacerte daño, lo siento muchísimo. No sabes cómo me duele verte así. Todo esto es por mi culpa”*.

Quería decirle que no era su culpa, pero entonces la oscuridad me alcanza y supe que se había acabado todo. El dolor, la felicidad, la confusión, el amor... Todo se había esfumado en cuestión de segundos. No tenía que haber tomado aquellas pastillas. No debí hacerlo....